

timo, miraba el otro barco atracar por fin en Tampico, en el muelle del Río Pánuco, a la vista de un puerto de innúmeras construcciones, mitad coloniales, mitad modernas, con su típico puente «Romero Rubio» y sus edificios sin rejas de hierro en los balcones y de esa moderna construcción de cemento. Venía luego, con los más vívidos colores, la escena del teatro en que veía a su Elvira radiante de gracia y hermosura; oía los dulcísimos acordes del piano, y de nuevo presentábase a su vista aquella misma brillante estrella que, entre otras muchas, irradiaba en un cielo profundamente obscuro; la misma que en su imaginación mirara al hallarse sumido en plácido letargo. En seguida volvían a aparecer Elvira y su madre muerta.

Muchas veces trató de ahuyentar las tristes imágenes que así le atormentaban, pero todo era en vano. Su pensamiento, después de mil esearceos por los infinitos campos de la imaginación, volvía a rematar siempre en la misma fantástica escena: su madre y su adorada estaban allí juntas; viéndole amorosamente las dos; llamándole dulcemente e invitándole a que abandonara con ellas esta mísera vida de maldad y de bajezas.

Al fin la luz del día empezó a desvanecer la martirizante visión. El ruido de los madrugadores empleados del cajón de ropa que se disponían a levantarse y dar principio a las diarias faenas le volvió a la realidad, haciéndole entrever un rayo de espe-

ranza, al pensar que todo había sido forjado por su anormal cerebro y que la verdad de las cosas estaba allí, fría e insensible.

Tal vez a esas horas la amada de su corazón estaría, como él, substrayéndose al poder de los lúgubres fantasmas de una noche de insomnio y con su decisión inquebrantable, tal vez hubiera logrado ya domar la rebeldía de su padre y a esas horas se preparase a enviarle la feliz nueva por medio de una cartita. Tales pensamientos le dieron fuerzas para levantarse, salir y poner una cara casi alegre a sus compañeros, mejor interiorizados que él, de lo angustioso de su situación. En sus saludos le pareció a Marcelino leer cierta oculta condolencia o lástima, que le hizo temblar de nuevo por un instante.

La tienda se abrió y cada quien fuese a donde sus deberes los llamaban.

#### CAPITULO DECIMO SEPTIMO.

---

EL FIN.

Como de costumbre, Marcelino y Carlos, después de terminadas sus labores, salieron a la calle, cerca de las ocho de la noche. Se echaron a andar cabizbajos, sin cruzarse una palabra y abstraído cada quien en el mundo interior de sus pensamientos.

Carlos, el eterno bromista, había en-

mudecido.

Maquinalmente fueron encaminándose ambos hacia el chalet del padre de Elvira y no al restaurant a donde concurrían a diario a esa hora.

Al volver la última esquina, el corazón de Marcelino dió un vuelco de angustia. Había una larga fila de automóviles a la puerta de la casa.

¡¡No hay duda ya, Carlos, hermano mío, ¡¡Ha muerto!! y se apoyó de su brazo como un ebrio.—Mira cuanto automóvil!!

¡¡No, hombre, no seas tonto,—se apresuró a contestar Carlos en tono firme. Esos automóviles pueden ser de las visitas, pero no ha muerto. ¡Dios nos libre!

Habían llegado a la puerta. Carlos se ofreció a entrar sólo para traerle noticias a Marcelino, tratando de evitarle el que recibiera de golpe la terrible noticia, de ser cierta. Pero no hubo tiempo ya de disuadirlo. Cuando Carlos quiso detenerlo, era tarde. Como un loco se había lanzado veloz al interior del edificio y subía las escaleras corriendo y gritando: ¿dónde está Elvira? ¡¡Elvira!! ¡¡Elvira!!

Con el desorden natural que reina en toda casa donde ha sucedido algo extraordinario, apenas hubo quien contestase la doliente interrogación, porque las personas que encontró a su paso, sollozaban con la cara medio cubierta por el pañuelo.

Llegó hasta el piso superior y entró en

la sala, donde sus ojos atónitos y saliéndose de sus órbitas por efecto del espanto, pudieron ver un lecho literalmente cubierto de flores blancas, y, entre ellas, como en medio de una nube nítida y aromosa, el divino cuerpo de la pobre, de la infortunada niña. Gabriela estaba a la cabecera, gimiendo en silencio, petrificada.

En exceso rudo era el golpe para que Marcelino, por mejor templado que tuviese su espíritu y por grande que fuese su resistencia física, hubiera podido arrostrarlo sin sucumbir. Así fué que apenas, acercándose al lecho en que yacía, intentó abrazarse al cuerpo sin vida, por cuyo blanquísimo rostro vagaba aun una leve sonrisa de amor y resignación, se ahogó en su garganta un grito: ¡Elvira mía.....!

En esos momentos penetraba Carlos a la sala y se apresuró a auxiliar a su amigo, cuyo cuerpo rodaba pesadamente sobre la alfombra a los pies del cadáver.

Los circunstantes, muchos de los cuales ignoraban en lo absoluto quién era Marcelino, prorrumpieron sin excepción en ruidoso llanto, ante la desgarradora escena que presenciaban.

La sala, con su cielo raso su tapicería blanca, y sus paredes igualmente de una alburá inmaculada, como se estilan en las artísticas residencias de la Ciudad, parecía ha-

ber sido hecha al efecto para servir de escenario al drama desgarrador que allí se representaba.

El señor Villarreal, bañado en lágrimas, y atormentándole el recuerdo de las palabras que él mismo vertiera en presencia de Carlos, poco antes, cuando dijo de Marcelino «será otra víctima»; corrió también hacia él. Ayudando a Carlos, trasladáronle a la recámara inmediata, donde lo depositaron sobre una cama, enviando por un médico violentamente.

La confusión que reinó entonces en la casa fué indescriptible. Por doquiera se escuchaban gemidos y llantos que partían el alma.

El metalizado corazón del señor X., habíase conmovido a tal extremo, que pronto formó parte de aquel triste coro de lamentos en torno del inanimado cuerpo de Marcelino.

Como sucede en estos casos, que un ser amado por la persona que acaba de morir, viene a aumentar con su sola presencia el dolor de los deudos, el señor X. tan pronto como vió penetrar en la casa a Marcelino, había sentido reavivirse su dolor con tal fuerza, que huyó como un extraviado al sótano de la casa para gritar, para dar rienda suelta a su bárbaro dolor que sentía le ahogaba. Pero tan pronto como llegó a sus oídos que Marcelino acababa de perder el conocimiento, corrió a su lado y con voz entrecortada por los sollozos decía:

¡Marcelino! ¡Elvira! ¡Hijos míos! ¡Gran Dios! qué cruelmente has castigado mi egoísmo.....!

Y luego, con voz entera y en tono de profunda convicción decía el atribulado padre:—¡Cuánto la amabas, hijo mío, cuánto la amabas.....!

Entre tanto, algunas señoras habían acudido para impartir algún consuelo al desesperado padre. A la sazón llegaba el médico, a quien a pesar de su costumbre de ser testigo de escenas semejantes con harta frecuencia, sin embargo, se leía en su semblante una viva emoción. Había penetrado en la casa atravesando por entre una doble valla de menesterosos, llorando todos, de quienes Elvira, mientras vivió había sido la Providencia.

Se acercó a Marcelino y procedió a examinarlo.

## CAPITULO DECIMO OCTAVO.

### DE RETORNO.

Una vez más el vapor «Monterrey» de la línea Ward, había salido de Tampico en viaje regular hacia la Habana, pasando por Veracruz y Progreso.

Como el tiempo era magnífico y la mañana esplendente, los pasajeros habían madrugado casi todos y se hallaban sobre cubierta abstraídos en la contemplación del es-